

Día 14

Mi madre debería haber vuelto a casa ayer, después de sus dos semanas de vacaciones. Catorce días. Decía que necesitaba un respiro de todo (*véase también: nosotras*) y que volvería antes del primer día de clase. Yo sabía que no iba a aparecer por lo que recibí ayer en el correo, pero estuve despierta durante toda la noche de todas formas, confiando en que todo eran paranoias mías y que mi instinto, que no solía equivocarse, hubiera cometido un terrible error.

La puerta no chirrió, las tablas del suelo no crujieron y vi salir el sol reflejado en la pared, pero en el fondo sabía la verdad: estábamos solas, Wrenny y yo, al menos por el momento. Wren y Lucille. Lucille y Wren. Haré lo que tenga que hacer. Nadie podrá separarnos y para eso debo conseguir que todo parezca tan normal como sea posible. Fingir. Porque las cosas no podrían estar más lejos de la normalidad.

La normalidad se fue con mi padre.

Experimentaba una rara sensación de estar flotando mientras le hacía a Wren unas trenzas, según ella, dema-

siado apretadas, preparaba el café, el desayuno, el almuerzo para las dos, sacaba su ropa, su mochila, y la acompañaba a su primer día en la clase de cuarto, saludando a todos en el vecindario mientras intentaba esquivar a cualquiera que pudiese tener el descaro de preguntarme dónde demonios estaba mi madre. Pero lo hice todo mal, ¿sabes? Estaba como fuera de lugar.

Debería haber hecho café y haberme vestido antes de nada. Wren debería vestirse después del desayuno y no antes, porque cuando come se pone perdida. Ya partir de esta mañana, al parecer ya no le gusta el atún («Parece vómito») aunque ayer era su favorito, pero lo descubrí cuando ya estaba guardado en la mochila y deberíamos estar saliendo por la puerta. Metí varias pilas de ropa en la lavadora, doblé mis cosas, colgué las de mi madre, guardé con cuidado las de Wren en los cajones de su cómoda, pero resulta que ya nada le queda bien. ¿Cómo ha crecido tanto en dos miserables semanas? Tal vez porque estos catorce días han sido eternos.

Estas son las cosas que mi madre solía hacer cuando nadie se daba cuenta. Ahora me doy cuenta. Me doy cuenta de que *no está*. Me doy cuenta de que *no hace*. Me gustaría pinchar a Wren, descubrir por qué no me pregunta dónde está mamá el primer día de clase, por qué mamá no está aquí. ¿Sabe en su fuero interno que esto tenía que pasar, que la noche que vino la policía solo fue el principio y que esta es la necesaria e inevitable conclusión?

A veces uno sabe cosas.

En fin, hice todo lo que hubiera hecho mi madre. Al menos, intenté hacerlo. Pero el universo sabe perfecta-

mente que estoy jugando a algo, fingiendo contar con un manual que ya me gustaría tener. Aun así, cuando la despedí con un beso en su cabecita morena, Wren entró contenta en el edificio. Eso tiene que contar.

Hace una mañana muy agradable. El verano aún no sabe que está a punto de despedirse y recorrí a paso rápido las nueve manzanas que hay entre el colegio de Wren y el instituto. Cuando por fin llegué a la puerta estaba sudando a mares.

Y ahora estoy aquí, en clase. La canción que Wren cantaba mientras íbamos al colegio me ha provocado un sordo dolor de cabeza. Llego un poco tarde a la clase de Literatura, pero casi todo el mundo llega tarde el primer día. Muy pronto todos sabremos exactamente dónde debemos estar y cuándo y dónde sentarnos. Seremos obedientes zombis.

Eden está aquí, siempre a su hora, lo bastante temprano como para reclamar el asiento que quiere, con un brazo sobre el respaldo de la silla vacía a su lado, hasta que me ve y lo deja caer a un costado. Literatura es la única clase en la que vamos a estar juntas este año, y eso es un asco total. Es la primera vez. Me gusta más cuando podemos pasar el día una al lado de la otra. Al menos nuestras taquillas son contiguas.

Mola tanto Eden, pero a su manera. No posee la clase de encanto que dice «Ven a por mí». Es más bien la clase de tía que mira y espera y ve muchas cosas... mola porque piensa. Su espeso y llameante pelo prácticamente flota sobre el respaldo de la silla y lleva puesta su armadura en forma de chaqueta de cuero. Uno podría pensar que es un poco excesivo para el mes de septiembre en Cherryvi-

lle (Nueva Jersey), pero es que en este instituto tienen el aire acondicionado a tope, así que hace tanto frío como en un cine y la verdad es que me habría gustado llevar una chaqueta. También desearía haber guardado alguna prenda de abrigo en la mochila de Wren, pero estoy segura de que en un colegio de primaria no ponen el aire acondicionado tan fuerte. Creo que la dirección del instituto ha decidido que congelarnos podría ayudar a controlar nuestras indisciplinadas hormonas.

Pues se equivocan.

El señor Liebowitz me lanza una mirada reprobatoria mientras me siento. He interrumpido groseramente su típico discurso malhumorado sobre el curso escolar, sobre que no piensa aceptar tonterías de nadie esta vez, que solo porque estemos en el último curso no significa que podamos actuar como idiotas e irnos de rositas. O tal vez me esté mirando así porque también él sabe lo de mi padre. La gente ríe tontamente a mi alrededor, pero es como si Eden y su chaqueta de cuero amortiguasen todos los ruidos. Mientras la tenga a ella, estoy bien. Además, no suelo perder el tiempo con otra gente. Puede que Digby sea su mellizo, pero es conmigo con quien comparte su cerebro.

Mientras tanto, Liebowitz parece Mister Rogers*, así que puede gruñir y pasarse tanto como quiera que a mí no me afecta nada. Al final, no es más que un blando que está deseando irse a casa y ponerse un cárdigan de punto y

* Mister Rogers's Neighborhood (*La vecindad del Señor Rogers*) o Mister Rogers es una serie infantil norteamericana creada y presentada por Fred Rogers. La serie empezó en 1962 con el título *Mister Rogers* como un programa de 15 minutos emitido por la CBC.

unas zapatillas para cuidar espectacularmente de sus plantas y ponerles un poco de Frank Sinatra o algo. Ya se calmará. Siempre empieza el curso así de estirado. Y, en realidad, es comprensible. El instituto es un psiquiátrico. En los psiquiátricos necesitan poner barrotes en las ventanas, guardias de seguridad en la puerta. Eso nunca lo harían aquí.

Eden me da una patadita con el pie y eso me devuelve al presente. No me gusta el presente, así que le devuelvo la patada, preguntándome si hacer «piecitos» con mi mejor amiga puede considerarse una tontería.

—Ven a cenar a casa —me dice sin despegar los labios.

—Wren —le contesto de igual manera, encogiéndome de hombros.

La preocupación por mi madre se refleja en mis ojos sin proponérmelo.

Ella sacude la cabeza. Luego dice «Guarra» en un susurro.

Vuelvo a encogerme de hombros, intentando apartar la mirada.

—Trae a Wren. Mi madre puede darle de comer al mundo entero.

Asiento con la cabeza.

—Digby también estará —vuelve a darme una patadita.

Me quedo muy quieta. Miro a Liebowitz mientras sus finos labios blancuzcos forman palabras.

—Bueno, es que vive en tu casa.

Fabuloso.

—Chicas —nos advierte Liebowitz con su tonito can-

tarín de advertencia—. Solo es el primer día, no me obliguéis a separaros.

«Que tengas buena suerte intentando separarnos —me gustaría decirle—. Buena suerte, de verdad. Vete a dar de comer a tu pez y a regar tus plantas. Ponte la rebeca de lana y las zapatillas y déjame en paz.

Hace un día precioso en la vecindad. ¿Quieres ser mi vecino?»

Cuando Wrenny y yo subimos por la pendiente hasta la casa de Eden en el viejo *Corolla* de mi madre, Digby y su padre, John, están fuera jugando al baloncesto, y yo quiero meterme en la casa lo antes posible porque si no, podría quedarme atrapada allí todo el día, mirando. Siento una pequeña punzada de algo al ver a un padre y a su hijo jugando baloncesto como deben jugar padres e hijos. Es una cosa real y me gustaría tapar la cara de Wren con las manos para que no pudiera ver lo que se está perdiendo.

Y eso me recuerda...

—Wren.

—¿Sí?

Se limpia las manos en la camisa mientras lee el libro que tiene sobre las rodillas y está un poco asquerosa, el pelo grasiento y enredado a pesar de mis esfuerzos de esa mañana. En algún momento las trenzas se le han soltado y tiene un aspecto salvaje.

—Sabes que mamá no ha estado con nosotros últimamente, ¿verdad?

Wren se queda quieta, tensa.

—Sí —responde por fin.

—Bueno, pero no queremos que nadie más lo sepa, ¿verdad? Ni siquiera Janie o Eden, ni Digby y John.

—Pero mamá está de vacaciones. Está ordenando sus ideas, pero va a volver.

—Sí, bueno, pero aun así. No queremos contárselo a nadie porque a lo mejor no lo entienden. A lo mejor malinterpretan la situación.

—¿Como que se ha ido para no volver?

Hay muchas más cosas dentro de la cabecita de Wrenny de las que yo sabré nunca.

—A lo mejor, o por lo menos más tiempo del que debería estar fuera —alargo la mano hacia el tirador de la puerta porque no puedo mirarla—. Algunos podrían pensar eso.

—Pero no es verdad —replica ella—. Es mamá.

—Pues claro que no —miento.

—¿Entonces qué más da lo que piense la gente?

—Wren, tú no lo cuentes, ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Algunas cosas son privadas —le abro la puerta y luego me inclino para limpiar inútilmente su camisa con el pulgar—. Como que mamá esté de vacaciones, ¿de acuerdo?

—He dicho que de acuerdo, ¿no? —sale del coche y espera, mirándome como si fuera la persona más irritante del planeta—. Oye, Lu.

—¿Sí? —me preparo para lo que se me viene encima.

—Tu mamá es tan gorda que salió de casa con tacones y volvió con chancletas.

Le diría que estoy harta de su nueva obsesión por los chistes sobre gordos, pero no estoy de humor para perder el tiempo, así que hago como que me río y sigo adelante. Quiero entrar en la casa y rápido porque luego está la otra cosa. Y por «otra» quiero decir lo que me hace sudar solo por estar allí. Y por «cosa» me refiero a Digby, a quien conozco desde los siete años, pero que últimamente me transforma en una mema atontada, una boba integral. Pregúntame mi nombre cuando estoy en su presencia y no podría decírtelo. Seguramente diría algo así como: «LIII... IIIlu» y tendrías que limpiarme la baba que me cayera por la barbilla.

Lo sé. No mola nada.

Pero de verdad. Alto, sudoroso y *sin* camiseta, de modo que los músculos están ahí para que una los mire. No es que reluzca exactamente porque su piel es blanco nuclear y cuando toma el sol le salen pecas, así que ahora, después de todo un verano al aire libre, está cubierto de ellas. Pero al ver su pelo aplastado contra la frente, su cuerpo largo y fibroso, saltando para encestar, solo quiero caer de rodillas en el camino de entrada para decir: «Dios, ten piedad, aleluya», escribir sonetos, pintarlo y adorar esa curvita donde el cuello se encuentra con el hombro que es tan, pero tan perfectísima.

Es guapísimo.

Y por eso cuando me dice «hola» al pasar a su lado apenas levanto el dedo meñique en señal de respuesta. Hay dos grandes problemas aquí, aparte de que es el hermano mellizo de Eden y eso es raro. Uno, que ha tenido la misma novia desde el principio de los tiempos. Está pi-

llado. Ella lleva su chaqueta, el certificado de matrimonio está prácticamente firmado. Los ángeles bendicen la maldita relación. Y dos, si alguna vez tuviese una oportunidad, como por ejemplo si él me besara, moriría por implosión. Sé que debo de parecer una niña de doce años suspirando por un famoso, y no la futura mujer extremadamente serena y dueña de sí misma que soy en realidad, pero algo en él hace que pierda la cabeza. Algo en cómo se mueve, en su *mismidad*, me rompe de la cabeza a los pies. Así que espero que no me bese nunca porque sería un desastre total. Nadie tiene que verme desmoronándome así. Y menos él.

No, en realidad, tal vez menos yo misma.

La madre de Eden, Janie, ha hecho albóndigas. No sabe cocinar solo para cuatro personas o incluso para seis, ya que tiene una empresa de catering y organización de eventos, así que su nevera siempre está llena de entremeses y sobras de comida. Si va a preparar algún plato, cocina muchísimo. Es evidente, por el olor que impregna la casa, que las albóndigas han estado todo el día cociéndose a fuego lento. La esencia de la albóndiga se ha abierto paso por todas partes.

Las miro un momento: Eden y Janie. Dos pelirrojas trabajando juntas sobre la encimera de la enorme y nueva cocina, de espaldas a nosotras. Todo está tan ordenadito, tan en su sitio en su casa de ensueño, exactamente como ellas querían, así que la cocina parece una extensión de Janie. Eden y su madre se parecen tanto, salvo que Janie

va más arreglada. Eden lleva su ropa de ballet, como siempre que no está en el instituto, como si volviese a una piel necesaria. Janie le da un culetazo, ella se lo devuelve. Es como hacer piecitos, pero con el trasero. A Eden le gusta hacer piecitos de todo tipo. Están cortando hortalizas para la ensalada, las dos flacuchas y muy eficientes, y unidas. Paso un brazo sobre los hombros de Wren y la empujo hacia mí cuando *Beaver Cleaver, BC*, el golden retriever, salta sobre ella y Janie nos ve por fin.

—Hola, chicas.

—Hola, Janie —Wren se deja caer en el suelo con *BC*. Yo la saludo con la mano.

—Aquí huele muy bien —comenta Wren—. ¿Estás haciendo salsa de vodka?

Janie sonrío.

—¿Salsa de vodka? Eso es un poco difícil para ti, ¿no?

—Del Canal Cocina —Wren se levanta de un salto— y también de Gino's. Allí hacen una salsa de vodka muy buena.

—Vaya, eso es impresionante —Janie señala la vitrina del comedor y empieza a sacar platos—. No, no es salsa de vodka. Es una simple salsa marinera, pero espero que te guste.

—Ah, sí, me gustará —asiente Wren—. Llevamos semanas comiendo pizzas congeladas.

—No es verdad —tercio. Eso es una exageración.

—Sí, todo lo que cocina Lucille sale de una caja.

Bueno, es que había muchas pizzas en el congelador.

—¿Y tu madre? —le pregunta Janie—. No se le da mal la cocina.

—No está aquí —responde Wren. Y luego me mira encogiéndose de hombros, como diciendo «¿qué quieres que diga?»—. Porque está de vacaciones.

—Ah, ya —Janie arruga la frente.

—A lo mejor quieres ver la tele hasta la hora de la cena —interviene Eden, poniéndose entre su madre y mi hermana.

—Diez minutos —advierte Janie, volviéndose hacia la cocina con cierta desgana—. Terminad de poner la mesa, chicas.

Es tan agradable obedecer órdenes.

—¿Sabes una cosa? —Eden mira a su madre—. Está mal y además es sexista que estemos todas aquí cocinando y actuando como ganado mientras los chicos están fuera jugando al baloncesto.

—Por el amor de Dios, Eden —Janie echa el aderezo en un enorme cuenco de ensalada—. Me encanta cocinar.

—Su alteza podría poner la mesa, al menos —insiste ella, sacando los vasos.

—He pensado que le vendría bien pasar un rato con tu padre.

—Sí, ya. Y también poner la mesa, hacer algo además de exhibir sus habilidades de neandertal. Lo estás animando a perpetuar los privilegios masculinos, no sé si lo sabes.

—Estoy haciendo la cena para mi familia, y eso es una alegría para mí —Janie deja escapar un suspiro gigante—. No tendría ni que defenderme. Y no es ningún crimen dejar que jueguen un rato de vez en cuando.

—Ya, pero ¿cuándo jugamos nosotras, mamá? Esa es la cuestión.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Me ahogo. Son tan ton-tas discutiendo sobre eso. Ellas no saben. Ellas no saben.

—Lucille —me llama Janie por encima de la cabeza de Eden—. ¿Haces el favor de ir a llamar a los chicos? Diles que la cena ya está casi lista.

¡Mecachis!

¿Cómo se convierte una persona de algo así como un componente decorativo en la casa que es tu vida, una bonita mesa quizás, en las cañerías, los cimientos, la viga maestra sin la cual toda la estructura se derrumbaría? ¿Cómo una estrella apenas perceptible se convierte en tu propio sol?

¿Cómo es que un día Digby era el hermano de Eden, guapísimo, eso hay que reconocerlo, y luego de repente me roba el aire, me da escalofríos, hace que se me encoja el estómago? ¿Serán las hormonas? ¿Una dolencia en el útero? ¿Un producto de mi desesperación interna y mi falta de autoestima?

He intentado un millón de veces descifrar el momento en el que se volvió tan vital para mí, pero no lo encuentro. Solo sé que mis estúpidos e irritantes sentimientos se han cargado del todo mi habilidad para portarme con normalidad cuando estoy con él, que quiero cerrar el espacio que hay entre los dos y envolverme en él. Todo mi ser exhalaría un suspiro, creo. Es ridículo.

Y por eso estoy mirando fijamente el plato. Me como la albóndiga (solo puedo tragar una) mientras Eden y Digby

se lanzan pullitas. Nadie se da cuenta, y a mí me da miedo levantar la mirada porque Digby está justamente sentado frente a mí.

Wren se está atiborrando de albóndigas y la salsa le chorrea por la pechera de la camisa.

—Vaya —le dice a Janie— eres un genio culinario.

Con el rabillo del ojo alcanzó a ver que Janie sonrío.

—Puedes venir cuando quieras. Eres oficialmente mi invitada favorita —Clava el tenedor en un espárrago, sonriendo—. Culinario —repite, sacudiendo la cabeza—. Bueno, Lucille, ¿cuánto tiempo va a estar tu madre fuera de la ciudad?

«Para siempre».

—Volverá dentro de un par de días.

—¿Está bien?

Desde aquello. Janie siempre es tan intensa.

Wren inclina la cabeza hacia mí y me desbloqueo.

—¿Os arregláis bien estando solas? —insiste Janie.

Después de aquello. —Por supuesto —respondo, buscando un espárrago que pinchar—. Mi madre volverá.

Todo se detiene. No hay movimiento en la mesa.

—Sí, claro —su tenedor hace tac-tac-tac contra el plato—. Claro que volverá —mastica un momento—. Le he dejado un par de mensajes, ¿sabes? Solo para preguntar si necesitaba algo, pero no me ha devuelto la llamada.

Habrán ido directamente al buzón de voz, ya lo sé.

—Debe de estar pasándolo muy bien. Supongo que lo necesitaba —hay algo en su tono que no se refleja en su cara.

Me obligo a mirarla a los ojos, asiento, sonrío con docilidad. Cuando intento volver a mirar mi plato, el traidor monstruo que vive en mi cabeza se centra en los ojos de Digby y la montaña rusa número 892 me sacude. Él baja la vista, enrolla unos espagueti con el tenedor y mira a su madre, prestando mucha atención a lo que está diciendo sobre el catering que va a organizar para una boda este fin de semana.

Le doy una patadita a Eden por debajo de la mesa. Un «piececito» malintencionado.

Digby sabe lo de mi madre.

Lo sabe.

—Todas las cosas malvadas de verdad empiezan por algo inocente —dice Eden.

Janie está con Wren haciendo algún tipo de galletas, así que acabamos en la habitación de Eden después de cenar. Ella se estira y se dobla de una forma que me hace sentir incómoda porque son posturas que el cuerpo humano no debería adoptar. Además, sus pies son horribles y tengo que apartar la mirada cuando me pone uno en la cara, no a propósito, sino porque está haciendo un movimiento loco de contorsionista.

—Qué asco —le digo a un juanete, a una arrancada uña morada, a un colgajo sanguinolento de piel.

—Hemingway —responde. Y el pie revolotea, revolotea.

—En serio, tienes que hacer algo con eso. Parece que está infectado.

—Tonterías —contesta ella—. ¿Me estás escuchando?

—Hemingway —repito, preguntándome cómo va a ayudarme esto en la vida.

—Nadie quiere ser un imbécil, y mucho menos un perverso.

—¿Y los asesinos en serie?

—Ni siquiera ellos, seguro que no. Los desórdenes de personalidad complican mi teoría, pero uno tiene que pensar que incluso ellos alguna vez fueron bebés inocentes y adorables. No es culpa suya que se llevaran la peor parte de los genes humanos. Compasión.

—Pero la llamaste guarra.

—Eso es lo que estoy diciendo.

—¿Que mi madre es malvada?

A veces me gustaría que hablara claro en lugar de hacerme trabajar tanto.

—No, que no lo es. Su comportamiento a lo mejor, pero todo deriva de la inocencia...

—Pero continúa siendo una imbécil.

—Y una guarra.

—Ah, qué bien —lo digo como pensando que no está bien, que no lo está.

—Pero sigo sintiendo compasión por ella. No debe de ser fácil. Ahora también siento compasión por ti.

—Por mí.

En mi cabeza empiezan a bailar números.

Miro al techo, el sitio bajo el que duerme Eden. CUIDADO, DULCE CABALLERO, dice el pedazo de papel pegado al techo. NO HAY MAYOR MONSTRUO QUE LA RAZÓN.

—Créelo —Eden lo señala con un dedo del pie particularmente desagradable.

—Tengo que hacer pis.

—Que lo pases bien —dice ella mientras yo me escapo.

Y me encuentro con Digby, que va por el pasillo en dirección contraria, mojado, con una camiseta y un pantalón limpios, algo que me parece extrañamente íntimo. Momentos antes ha estado desnudo.

Hace ademán de tocarme. Su mano se aparta del costado donde colgaba sin hacer nada. Ahora está despierta y me toca. Traza mi hombro, pasa por mi brazo, se desliza por mi mano. Y entonces Digby desaparece. Sigue caminando. En ningún momento me ha mirado.

Contemplo una fotografía familiar. Me sorprende que el terremoto que hay dentro de mí no eche abajo toda la pared de fotos. Mi piel está ardiendo. Toda la sangre de mi cuerpo viaja hacia el sitio que él ha tocado.

Una guerra.

Una pelea a muerte.

A veces, pienso mientras entro en el baño lleno de vapor como una zombi atontada, algo lento ocurre rápidamente y uno no puede aprovechar el momento, sea importante o no, haya ocurrido o te lo hayas inventado. Ya es así. ¿De verdad ha hecho eso Digby? ¿De verdad ha pasado la mano por mi brazo de ese modo? ¿De verdad? ¿Estaba tomándose libertades? Y, ayayay, si eso es lo que me provoca con el roce de un dedo, entonces toma lo que he dicho antes sobre no besarlo nunca y multiplícalo como por un cuatrillón.

Ahora hay una cicatriz en mi brazo, donde él me ha tocado. Se forma en mi piel, azul acuoso, reluciente, como lo son a veces las quemaduras. La piel quemada es nueva al mismo tiempo que está dañada para siempre.

Soy muy dramática.

Tiro de la cadena. Me lavo las manos. Divago.

Eden.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —me pregunta, acariciando a *BC*, que se ha subido a la cama y está tumbado sobre su regazo, jadeando.

La miro.

—¿Estás colocada? ¿Te has tomado algo mientras estabas en el baño?

¿Y si Digby puede oírnos, donde quiera que esté?

—¡Galletas! —grita Wren desde la cocina. Y parece encantada.

Cuando nos hemos reunido alrededor de la mesa y estamos engullendo galletas de avena con trocitos de chocolate (salvo Eden, que jamás lo haría), aparece Digby. Sigue sin mirarme. No hay ninguna conexión secreta. Toma la pelota que está junto a la puerta, hace un gesto con la cabeza en dirección a la mesa y desaparece.

Son las cuatro de la mañana. Mi estómago está digiriendo la albóndiga, demasiada agua con gas y varias galletas. Evidentemente, no puedo conciliar el sueño.

En la mano derecha tengo una pila de papeles. De entre esos papeles, muchos contienen números. Facturas. Luz, gas, el seguro del coche. Las facturas trimestrales se

han acumulado desde la semana pasada. El agua, la recogida de basuras. Y luego está el teléfono. Eso también. Esa tengo que pagarla. Si mi madre decide llamar alguna vez, el teléfono tiene que funcionar. Necesitamos comida y Wrenny necesita ropa nueva. Y yo también, por cierto. Aunque llamaremos a eso un «olvídate del asunto para siempre».

Mi mano derecha empieza a temblar.

En la mano izquierda —sí, mi mano izquierda, señoras y señoras, niños y niñas— tengo un crujiente y nuevecito billete de cien dólares. Así es como sé que ella sigue viva. Esto es lo que recibí en el correo de ayer. Por eso sé que mi madre está en algún sitio viva, caminando por la tierra. No le ha caído nada sobre la cabeza. No sufre amnesia. No está muerta en una cuneta. Sencillamente, no está aquí. Está en otro sitio. Cien dólares llegaron por correo en un sobre sin remite, pero con un matasellos, por lo que sé que vino de California. Debe de estar allí con antiguos amigos, tal vez redescubriendo su pasado o algo así. Y una nota: *Lo estoy intentando. Os quiero, mamá.* Ya está. Eso es todo lo que ha escrito, amigos.

¿Qué significa? ¿Está intentando volver con nosotras? ¿Intentando ponerse bien? ¿Intentando encontrar un trabajo? Tal vez intenta evitar que enviemos al FBI a buscarla. Una táctica eficaz. Me gustaría que mis últimos recuerdos de ella fuesen de alguien a quien reconozco, alguien cuyo comportamiento pudiese predecir. Casi me hace desear ponerme en jarras y regañarla diciendo: «Intentarlo no es suficiente, jovencita».

«Sí, mamá. Yo también lo estoy intentando».

Me pongo el billete delante de los ojos, dejo que acaricie mis pestañas. Una vez, un billete de cien dólares hubiera sido lo más emocionante del mundo, la promesa de barra libre en la tienda de juguetes, algo que guardar para un momento en el que quisiera darme un capricho.

Pero ya no. Ahora es parte de una complicada ecuación cuyo resultado es que estoy totalmente jorobada. Sé que ella quería volver, que su intención era volver. No ha dejado la tarjeta del banco ni el talonario, nada que haya podido encontrar. Me habría dejado algo si su intención hubiera sido no volver nunca. Ella no es malvada, o al menos no empezó siéndolo. Aun así, no está aquí y yo no tengo lo que hace falta para hacer este trabajo. Lo único que me ha dejado es su coche y la casa.

Y a Wren.

Mi mano izquierda se convierte en un puño.